

El tema de la colonización griega en las «antigüedades romanas» de Dionisio de Halicarnaso

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO

De entre todos los aspectos y problemas que plantea al investigador la historia de la Hélade es, sin ninguna duda, la colonización uno de los principales. Los motivos son tan numerosos, y tan conocidos, que sería prolijo enumerarlos aquí.

Fruto de este interés, ya entre los autores antiguos, es la relativamente numerosa información que éstos nos proporcionan y que, comentada e interpretada por los autores modernos, permite hacernos una idea general del mecanismo de la colonización griega, de sus propósitos y de sus objetivos, de sus medios y de sus logros.

Sin embargo, aun cuando se puede teorizar con relativa seguridad acerca de estos aspectos, no son excesivamente numerosas las ocasiones en las que vemos funcionar el esquema ideal conocido. Nuestras fuentes principales, Heródoto y Tucídides, son parcas a la hora de transmitir informaciones que eran conocidas por sus oyentes. Los teóricos políticos del siglo IV, centrándose en aspectos, diríamos, institucionales, tampoco nos informan con detenimiento de aspectos más «banales» pero, al tiempo, necesarios también, al menos para el historiador actual, para aprehender en su conjunto tal proceso histórico. Autores tardíos, «enciclopédicos» casi, como Estrabón, nos dan informaciones siempre valiosas, pero no siempre lo completas que desearíamos.

Hay, sin embargo, un autor que nos muestra a la colonización en acción, en funcionamiento y que, además, hace referencia a prácticamente todos los problemas que afectan a la misma, lo que le confiere una importancia excepcional en estos estudios, importancia que empero, no ha sido, que yo sepa, reconocida suficientemente en lo que se refiere a este problema concreto.

El autor al que me refiero es Dionisio de Halicarnaso y la obra objeto de nuestro análisis, las «Antigüedades Romanas» o «Historia Antigua de Roma» (Ῥωμαικὴ Ἀρχαιολογία). Muchos aspectos de esta obra y de su autor han sido analizados, pero casi siempre referidos a problemas de la Historia de Roma y de los pueblos vecinos (especialmente de los etruscos y su supuesta autoctonía). La aproximación que yo voy a seguir en las presentes líneas va a consistir en analizar determinados pasajes especialmente significativos para mi propósito, desde el punto de vista de la Historia griega y compararlos, cuando ello sea posible, con el tratamiento que los mismos hechos reciben en autores contemporáneos al propio Dionisio y, muy especialmente, Tito Livio. Quizá no haya que justificar, por evidente, el por qué de mi aproximación «helenocéntrica». Pero si acaso hiciese falta, remitiría a las propias palabras de Dionisio: «Y a través de esta obra, prometo demostrar que fueron griegos (sc. los fundadores de Roma) que se habían reunido, procedentes de pueblos que no eran ni los más pequeños ni los más insignificantes.» (I,5,1) ¹.

Toda la obra de Dionisio —y en esto radica su absoluta novedad ²— pretende demostrar que todos aquellos pueblos, conocidos por las diferentes tradiciones (algunas de ellas absolutamente contradictorias en sus orígenes) como más o menos remotos antepasados de los romanos, son de origen griego, de modo que Roma es, por consiguiente, una πόλις ἑλληνίς para seguir la denominación de Heráclides Póntico (cf. Plut., *Cam.*, 22). No vamos a entrar aquí en disquisiciones acerca de la veracidad, o no, no ya de los pueblos implicados, sino tan siquiera de las tradiciones, ni de la gran carga política que la postura de Dionisio tiene ³. Lo cierto es que para Dionisio son griegos y, por consiguiente, van a actuar como griegos. Esta actuación es lo que nos va interesar porque, en el fondo, es la distinción (artificiosa si se quiere, pero que para un griego no carecía de significado) entre griego y bárbaro lo que va a entrar aquí en acción. Puesto que mi propósito es tratar del funcionamiento práctico de la colonización griega, admitiremos a estos efectos (insisto, sin entrar en otras cuestiones) como griegos a aquellos

¹ Salvo mención en contrario, la traducción castellana de Dionisio que emplearé es la E. JIMENEZ y E. SANCHEZ, Madrid, 1984 que, por otro lado, sigue bastante de cerca a la traducción inglesa de E. Cary en la *Loeb Classical Library*, incluso en las notas a pie de página.

² D. MUSTI: «Etruschi e Greci nella rappresentazione dionisiana delle origini di Roma», *Incontro di Studio in onore di M. Pallottino: Gli Etruschi e Roma*, Roma (1979), p. 23.

³ Me refiero a aspectos tales como propaganda augustea o no, finalidad de su «autoctonismo» etrusco, etc. *Vide*, entre la bibliografía más reciente: J. HEURGON: «Les pénestes etrusques chez Denys d'Halicarnasse (IX,5,4)», *Latomus*, 18, 1959, pp.713-723; H. HILL: «Dionysius of Halicarnassus and the origins of Rome», *JRS*, 51, 1961, pp. 88-93; P. M. MARTIN: «La propagande augustéenne dans les Antiquités Romaines de Denys d'Halicarnasse (Livre I)», *REL*, 49, 1971, pp. 162-179; *Idem.*: «Héraklès en Italie d'après Denys d'Halicarnasse (A.R.I, 34-44)», *Athenaeum*, 50, 1972, pp. 252-275; S. GOZZOLI: «Polibio e Dionigi d'Alicarnasso», *SCO*, 25, 1976, pp. 149-176; D. MUSTI: art. cit., pp. 23-44; E. GABBA: «La "storia di Roma arcaica", di Dionigi d'Alicarnasso», *ANRW*, II,30,1. 1982, pp. 799-816, esp. pp. 799-802; D. BRIQUEL: «L'autochtonie des Etrusques chez Dénys d'Halicarnasse», *REL*, 61, 1983, pp. 65-86.

que son tales para Dionisio, y analizaremos su comportamiento (que, obviamente, será un comportamiento «griego»).

Estos pueblos son, siguiendo al propio Dionisio: «En primer lugar, los aborígenes que expulsaron a los siculos de estos territorios y eran griegos originarios del Peloponeso, que emigraron con Enotro de la llamada ahora Arcadia, según yo supongo; después, los pelasgos que se trasladaron de lo que entonces se llamaba Hemonia y ahora Tesalia; en tercer lugar, los que vinieron a Italia con Evandro, procedentes de la ciudad de Palancio; después de éstos, los epeos y feneatas, que formaban parte de la expedición de peloponesios conducida por Hércules, y con quienes se había mezclado también cierto elemento troyano, y, finalmente, los troyanos que se habían salvado con Eneas de Ilión, Dárdano y otras ciudades troyanas.» (I,60,3). El capítulo 61 del libro I está dedicado a demostrar también el origen griego de los troyanos.

Salvo en el caso de Troya, cuya caída y destrucción es la causa de la emigración de los supervivientes, en los demás casos es necesario explicar por qué se produce la emigración, qué vicisitudes de la fortuna (*χρησάμενοι τύχης*) obligan a la misma. En este caso, vemos cómo Enotro, el jefe de los Aborígenes, tiene que abandonar Grecia al no estar contento con la porción (*κλήρος*) de la tierra paterna que le corresponde, al tener veintiún hermanos más con los que repartirse el territorio de Arcadia (I,11,3). A Enotro se le unen muchos arcadios porque esta nación era muy populosa, así como «cuantos griegos poseían menos tierra de la necesaria» (I,11,3). Otro de los jefes griegos, Evandro, también arcadio, emigró como consecuencia de una rivalidad interna (*στάσις*) en su ciudad de origen, *Παλλαντίον*, tras la que su grupo, derrotado, decidió abandonar voluntariamente la ciudad. Dionisio resalta que, consiguientemente, esta expedición no fue enviada de común acuerdo (*οὐκ ἀπὸ τοῦ κοινοῦ τῆς γνώμης ἐπέμφθη*) (I,31,2)⁴. Problemas en el interior de la ciudad podían determinar frecuentemente la marcha de grupos enteros o de simples particulares, como es el caso del corintio Demarato, narrado por Dionisio con todo lujo de detalles (III,46,2-5).

Hay una serie de datos que Dionisio considera de imprescindible conocimiento para poder certificar el carácter griego de una colonia; estos datos son la tribu griega (*φῦλον Ἑλληνικόν*), la ciudad de la que proceden, la fecha en la que ha tenido lugar la emigración y el jefe (*ἡγεμών*) de la expedición (I,11,1). Por ello, Dionisio precisa todos estos detalles, en los casos de Enotro y de Evandro. Que esto es una constante en la mentalidad griega nos lo puede demostrar, sobre todo, la narración tucididea sobre las fundaciones de las colonias siciliotas (Tuc. VI,3-5) donde casi los únicos datos que se nos mencionan son éstos que Dionisio ve como fundamentales.

⁴ Ya P. M. MARTIN reconoció en el caso de Evandro, así como en el del *ver sacrum* (*infra*) que Dionisio emplea el esquema de la colonización griega: «Contribution de Denys d'Halicarnasse à la connaissance du *ver sacrum*», *Latomus*, 32, 1973, p. 24.

Una vez determinada la causa que produce el abandono de la patria, urge salir de ella y buscar una nueva. En todos los casos, el procedimiento de transporte empleado es el marítimo. En el caso de Enotro, se nos dice que preparó una flota (*ναυτικόν*) (I,11,3) pero se nos informa, igualmente, que fueron varias las pequeñas ciudades (*πόλεις μικραί*) próximas entre sí que habitaron. El caso de Evandro es mucho más clarificador porque éste sólo funda una ciudad o, mejor, una pequeña aldea (*κώμη βραχεία*) capaz de albergar a los ocupantes de los *dos barcos* en que han llegado desde Grecia. (I,31,3). El paralelo más evidente que tenemos para esta información de Dionisio nos lo proporciona Herodoto cuando menciona las dos penteconteras enviadas por Tera bajo la dirección de Bato, para fundar Cirene (IV,156). Así pues, coinciden los datos de Dionisio. Enotro, que lleva una flota de numerosas naves, funda numerosas ciudades pequeñas. Evandro, con sólo dos naves, funda una ⁵.

Una vez producido el asentamiento, es necesario dar un nombre a la ciudad, o al pueblo que se ha reunido. Evidentemente, el caso de Enotro y sus derivados, los enotrios y Enotria (I,12-13) no es especialmente significativo, a partir de lo que nosotros sabemos, del modo de denominarse a sí mismos unos individuos de origen helénico, aunque no podemos olvidar que las grandes divisiones que el mundo griego reconocía en su seno (Dorios, Jonios, Eolios) debían su nombre y su origen a sendos héroes epónimos (Doro, Ion y Eolo, respectivamente) y el nombre del pueblo era, en general, también el del país (Jonia, Eólida, Dóride). Mucho más revelador es, sin embargo, el caso de la fundación de Evandro, *Παλλαντίον*, nombre que procede del de la patria del héroe, la Pallantion arcadia (I,31,4). Es evidente que aquí hay una etimología un tanto forzada para hallar el significado del *Palatium* romano, pero no es menos cierto que autores latinos también elaboran sus propias etimologías. En este sentido, Virgilio (*Aen.* VIII,51-55) afirma que el nombre procede del nombre del abuelo de Evandro, Pallante. Servio, en su escolio al verso VIII,51 de la Eneida, recoge la opinión de Virgilio, y añade la de Varrón y otros, según los cuales el nombre vendría no del abuelo, sino de la hija de Evandro, Pallantia. Recoge Servio Gramático, en fin, la opinión que sostienen otros de que el primer nombre de la colina fue Balanteum, por el balido de las ovejas (*a balatu ovium*) aunque dedica eruditas líneas a demostrar por qué esta última posibilidad es imposible desde el punto de vista lingüístico (Serv., *ad Aen.*, VIII,51). Dionisio también recoge otras versiones (I,32). Livio sigue, en este caso, la misma tradición que Dionisio: «... *et a Pallanteo, urbe arcadia, Pallantium, dein Palatium montem appellatum*». (I,5). P. M. Martín, por su parte, subraya la coincidencia de las distintas tradi-

⁵ No creo que tenga razón P. M. MARTIN: «Pour une approche du mythe dans sa fonction historique. Illustration: le mythe d'Evandre», *Caesarodunum*, 9, 1974, p. 144, cuando afirma que Dionisio deduce la cifra de 100 hombres, equivalente a la tripulación de dos barcos (*cf. Il. XVI, 139 s.*) a partir de la pequeña superficie del Palatino. La solución, en mi opinión, hay que buscarla dentro del contexto de la colonización griega.

ciones, unánimes al situar la ciudad *sub monte*, al pie del Germal, y reservando la parte alta, la acrópolis, a los dioses, al tiempo que pretende buscar una confirmación mítico-arqueológica a todo el episodio (hallazgos de época apenínica al pie del Palatino, en el Foro Boario, tradición de navegaciones griegas en época micénica al Lacio)⁶. Es, empero, difícil pronunciarse en este asunto.

Volviendo a la cuestión del origen del nombre de la ciudad creada por Evandro, es evidente que Dionisio conocía varias interpretaciones; sin embargo, no podía emplear la versión que quería que el nombre de la fundación de Evandro derivaba del de su abuelo o del de su hija porque no suele ser frecuente esto en el caso de fundaciones griegas, aun cuando sabemos, por ejemplo, que alguna ciudad tomó el nombre de alguna persona relevante en su fundación, como es el caso de la colonia de Lámpsaco (Caron Lampsaceno, FGrHist 262, F7). Aunque tampoco es muy frecuente que una colonia tome el nombre de su metrópolis, sí hay varios casos, como Cumas en Italia, que tomaría su nombre por algunos naturales de la Cime eólica que irían con los euboicos (Str., V,4,4)⁷; Locres Epizefiria, Megara Hyblea, Messene (antes Zancle), Parión, Samotracia (colonia de Samos), quizá, incluso, Naxos, si es que participan naxios de las Cícladas en su fundación⁸. A esto hay que añadir la existencia efectiva de una ciudad llamada Pallantion en Arcadia (Pausanias, VIII,44-45), la actual Palandio, cerca de Tegea. Así pues, para la construcción de Dionisio es más conveniente que el nombre de la fundación de Evandro derive del nombre de su ciudad originaria que, además, tiene una existencia real y que es un procedimiento, si no habitual, al menos no infrecuente entre las colonias griegas.

El establecimiento de la ciudad y la nominación de la misma implican el dominio de un cierto territorio. Esto queda claro ya desde el establecimiento de Enotro que encuentra un país casi despoblado y lo que se hallaba poblado, poco densamente, no obstante lo cual, Dionisio nos informa de que «limpió el elemento bárbaro de una zona» (*ἀνακαθήρας τὸ βάρβαρον ἐκμέρονς τινὸς αὐτῆς*) antes de establecerse en ella (I,12,1). Si este elemento preexistente no puede ser fácilmente desalojado, al menos hay que aprovecharse de él. Es lo que hace Eneas cuando, en virtud de un oráculo (I,56) (evidentemente, no el délfico pero sí oráculo al fin y al cabo) funda la ciudad de Lavinio: «Y después de ordenar a los troyanos que trasladaran su campamento a la colina, instaló las estatuas de los dioses en el sitio mejor (*ἐν τῇ κρατίστῳ*) e inmediatamente emprendió la construcción de la ciudad con gran entusiasmo. Y haciendo incursiones en los territorios de alrededor, cogía todo cuanto le era útil para su fundación y de lo que podía resultar más doloroso verse desposeídos,

⁶ *Ibid.*, pp. 145-151.

⁷ Cf. A. MELE: «Eoli a Cuma in Opicia», *Φιλίας χάριν. Miscellanea di Studi Classici in onore di E. Manni*, Roma, 1980, pp. 1517-1530.

⁸ *Helánico, en Esteban de Bizancio, s.v. Χαλκίς*; cf. T. J. DUNDABIN: *The Western Greeks*, Oxford, 1948, p. 8.

como hierro, madera y aperos de labranza» (I,57,1); es, pues, una conducta que acaso podamos calificar como típica en un primer momento, durante un primer contacto, privar al eventual enemigo de los recursos más preciados, lo que Livio, refiriéndose al mismo acontecimiento, define como *praedam ex agris agere* (I,1); en este caso, Eneas y Latino, llegan a un acuerdo de ayuda y mutua protección, por el que los troyanos obtienen la tierra de cuarenta estadios a la redonda desde la colina (Dion. I,59,1). No hay que olvidar que los aborígenes son de origen griego, como ya ha «demostrado» Dionisio. Este territorio de 40 estadios a la redonda (7,4 km.) no deja de llamar la atención si pensamos que el *ager romanus*, tal y como es delimitado desde época de Rómulo, llega hasta el quinto miliario a partir de Roma (Str. V,3,2)⁹. Estas cinco millas, que equivalen a 7,4 km. son las aplicadas al caso de Lavinio, sinedo éste un doblete de aquél, aunque tampoco debemos olvidar que es un cifra que no desentona mucho de lo que sabemos del tamaño de la *χώρα* en algunas colonias griegas (Metaponto, Agathe, etc.)¹⁰.

Si la población preexistente ofrece una gran resistencia y si, sobre todo, la necesidad de territorio por parte de los griegos es muy grande, la solución normal (excluida, obviamente, desde el punto de vista dionisiano cualquier alianza entre griegos y bárbaros) es la expulsión de los bárbaros. Esto es lo que les ocurre a aquellos bárbaros que vivían en Italia antes de la llegada de los primeros griegos (los aborígenes), es decir, a los sículos (I,60,3). Estos sículos, «puesto que ya eran capaces de resistir la guerra que los pelasgos y los aborígenes habían entablado contra ellos, cogiendo a sus hijos, sus mujeres y cuantos bienes eran de oro y plata (τέκνα καὶ γυναῖκας καὶ τῶν χρημάτων ὅσα χρυσὸς ἢ ἄργυροξ ἦν) dejaron en sus manos todo el territorio». (I,22,1). Que el desalojo fue completo nos lo muestra la terminología empleada que es la misma que emplea Herodoto cuando narra el desalojo de Focea (οἱ φωκαιοὶ ἐσθόμενοι τέκνα καὶ γυναῖκας εἴπιπλα πάντα) (I,164) y, más adelante, el de Alalía (ἀνέλαβον τὰ τέκνα καὶ τὰς γυναῖκας καὶ τὴν ἄλλην κτήσιν) (I,166). Un desalojo completo implicaba desgarrar totalmente una población, no dejando nada de valor en el sitio e impidiendo cualquier ulterior relación con el mismo. La fraseología de Herodoto y de Dionisio nos indican lo mismo. En ninguno de los casos hay una verdadera colonización, sino que un pueblo entero abandona su patria por imperativos de índole militar. Los sículos, bárbaros, tienen que abandonar Italia para que no haya dudas del carácter puramente helénico de la ulterior Roma¹¹.

⁹ Cf. J. MARTINEZ-PINNA: *Los orígenes del ejército romano*. Madrid, 1981, que atribuye a los reyes etruscos la verdadera delimitación del *ager romanus*; pp. 224-225.

¹⁰ D. ADAMESTEANU: «Le suddivisioni di terra nel Metapontino». En M.I. Finley (ed.): *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris, 1973, pp. 49-61; M. CLAVEL-LÉVEQUE: «Un cadastre grec en Gaule: la chora d'Agde (Hérault)». *Klio*, 64, 1982, pp. 21-28, con referencia a todos los casos conocidos.

¹¹ No obstante, si la tesis de Pallottino es acertada, el sículo y el latín serían restos de una misma lengua «itálica occidental», lo que demostraría, por último, una identidad protohistórica

Dentro también de este contexto de apropiaciones de tierras, y en íntima relación con la noticia referida a los sículos recién comentada, está la problemática noticia de I,16, según la cual, los aborígenes (griegos, recordémoslo) practican lo que conocemos con el nombre de *ver sacrum* (aunque Dionisio no le da ese nombre), «costumbre que yo sé que siguen muchos bárbaros y griegos» (I,16,1). E. Cary afirma¹² que el único caso semejante en el mundo griego es el de la fundación de Regio, narrado por Estrabón (VI,1,6), según el cual, a causa de una hambruna (*ἀφορία*) uno de cada diez calcídicos había sido dedicado al Apolo Delfico, tras lo cual marcharon a fundar esa colonia. A mí se me ocurre una vinculación aún más clara con la fundación de Cirene, tal y como nos la presenta el *Ὅρκιον τῶν οἰκιστῆρων* que señala claramente que deberá ser elegido un joven de cada familia de Tera y en el que la intervención de Apolo también parece decisiva¹³. La fundación de Cirene se debe, como nos informa Herodoto, a una sequía de siete años en Tera (IV,151). El porqué Dionisio atribuye una «institución» como el *ver sacrum*¹⁴, tan diferente de la práctica griega, pero con algunos aspectos comunes (sequía-hambre, elección de determinados miembros obligatoriamente, alejamiento definitivo del territorio patrio), al menos en apariencia, a unos griegos, como son los aborígenes, se comprende fácilmente si tenemos presente que, según este autor, los aborígenes se establecen en ciudades como Palacio, Tríbula, Suesbula, Suna, Méfula, Orvinio, Corsula, Maruvio, Bacia, Tiora, Lista, Cutilia, todas ellas en torno a Reate (I,14-15) en la alta Sabina; pero esta región es la que, incluso en la narración de Dionisio aparece dominada por los umbros (I,16,1), y es un hecho que para los antiguos, los pueblos de estirpe oscumbra se caracterizan por esta peculiar forma de expansión¹⁵. El intento de Dionisio aquí es claro: ante el conocimiento generalizado de que los «umbros» practican esos movimientos, nuestro autor pretende hacer ver que, realmente, son los aborígenes, que son griegos, quienes lo practican ya que hay casos griegos (Cirene, Regio), que lo demuestran. Así, esta tradición, claramente itálica¹⁶ se convierte, de la mano de Dionisio, en una costumbre plenamente griega, que explica la gran expansión que alcanzan estos aborígenes (I,14-15). No creo, pues, que se trate aquí de que «los griegos interpretarían anacrónicamente, como un rito de fundación, el ritual por el que un pueblo partía a buscar su área de estableci-

entre los antepasados de ambos pueblos. Vid. M. PALLOTTINO: *Storia della prima Italia*. Milán, 1984, p. 54.

¹² E. CARY: *The Roman Antiquities of Dionysius of Halicarnassus*. (LCL). Londres, 1937, vol. I, p. 51.

¹³ A. J. GRAHAM: *Colony and mother city in ancient Greece*. 2.^a ed. Chicago, 1983, pp. 224-225.

¹⁴ Acerca del *ver sacrum*, sigue siendo esencial J. HEURGON: *Trois études sur le ver sacrum*. (Coll. Latomus, 26). Bruselas, 1957.

¹⁵ M. PALLOTTINO: *Genti e culture dell'Italia preromana*. Roma, 1981, pp. 85-86.

¹⁶ Vid. P. M. MARTIN: *Contribution ... cit.*, p. 30.

miento» como afirma P. M. Martín¹⁷ sino que lo que ocurre es que Dionisio necesita demostrar la identidad griega de los aborígenes, asociados *geográficamente* con el área donde es tradicional la práctica de esa costumbre; por ello, la misma tiene que ser «helenizada», haciendo «helenos» a quienes la practican. Es una más de esas distorsiones y reelaboraciones a las que Dionisio somete a sus fuentes para que le apoyen en su fin último, y de las que ha hablado Gabba¹⁸.

Una vez que se ha creado la colonia y se ha conseguido un territorio, hay que proceder al reparto de tierras. El mejor ejemplo que poseemos de esto en la narración de Dionisio hace referencia a la propia Roma (en sí, una colonia, como veremos). El pasaje en cuestión se refiere a la acción de Rómulo y reza así: «Una vez que todos estuvieron distribuidos en tribus (*φυλαί*) y curias (*φρατρίαι*), dividió la tierra en treinta lotes (*κλήροι*) iguales, dando un lote a cada curia, tras reservar una zona suficiente para templos (*ἱερά*) y recintos sagrados (*τεμένη*) y dejar también una porción de tierra para uso público. Esta fue la única división de hombres y territorios (*χώραι*) hecha por Rómulo, que comporta la mayor igualdad cívica.» (II,7,4)¹⁹. Los autores latinos, sobre todo Livio (I,13) hacen más hincapié en el aspecto institucional de esta división; Dionisio, en cambio, sitúa la división en curias como la base del reparto ordenado del territorio y también la base del reclutamiento (al equiparar la curia al *λόχος*)²⁰. Aquí Dionisio también tiene que interpretar en «clave griega» esta división de la población romana y vemos, por consiguiente a Rómulo como *οἰκιστής*, repartiendo las tierras a lo ciudadanos, como era su obligación²¹, aunque dentro del marco de las viejas curias, de cuya existencia y de cuyo número ningún contemporáneo de Dionisio se atrevería a dudar. Poco importa en este esquema dionisiano que las treinta curias no sean una creación de Rómulo sino, más probablemente, del primer rey etrusco, Tarquinio Prisco²².

Un paso más en el control del territorio, ya acrecido, nos lo presenta el pasaje siguiente: «Tulio, pues, después de dividir la tierra en el número de partes que fuera, dispuso en las alturas montañosas que podían ofrecer gran seguridad a los agricultores unos refugios que llamó con el

¹⁷ *Ibid.*, p. 34.

¹⁸ *Vid.*, por ejemplo, E. GABBA: «Studi su Dionigi da Alicarnasso. I. La costituzione di Romolo», *Athenaeum*, 38, pp. 181-198; *Idem.*, «Mirsilo di Metimna, Dionigi e i Tirreni», *RAL*, 30, 1975, pp. 35-49.

¹⁹ Sobre la aplicación de la terminología política ática para traducir términos técnicos romanos, *vid.* H. J. MASSON: «The Roman Government in Greek Sources. The effect of literary theory on the translation of official titles», *Phoenix*, 24, 1970, pp. 150-159.

²⁰ Sobre la esencia y significado de las curias, *vid.* J. MARTINEZ-PINNA, *op. cit.*, pp. 278-279; pp. 362-363.

²¹ W. LESCHHORN: *Gründer der Stadt. Studien zu einem politisch-religiösen Phänomen der Griechische Geschichte*. Stuttgart, 1984, p. 88.

²² *Vid.* nota n.º 20. Acerca del carácter territorial de las curias, apenas hay más información que el mencionado pasaje de Dionisio. *Vid.* A. MOMIGLIANO: «An interim report on the origins of Rome». *Terzo Contributo*, vol. II. Roma, 1966, p. 579, lo que quizá pueda permitir interpretar su noticia en el sentido que apunto en el último párrafo de este artículo.

nombre griego de *pagos*. Allí huían todos desde los campos y pasaban, por lo general, la noche, cada vez que se producía una incursión enemiga. Estos lugares también tenían gobernantes que se encargaban de conocer el nombre de los agricultores que pertenecían al mismo pago y las propiedades de las que vivían» (IV,15,2-3). Πάγος en griego significa colina. Cary piensa que Dionisio ha sufrido una confusión al aplicar este término a los refugios antes que a los distritos²³; Gabba, por su parte, opina que hay una contradicción entre IV,14 y IV,15, y que sólo para Dionisio *pagi* y tribus rústicas parecen coincidir²⁴. Sin embargo, de lo que se nos está hablando aquí es de una cadena de fortificaciones en los lugares montañosos, que sirven de refugio a los agricultores vecinos y que disponen de ciertas atribuciones fiscales y religiosas. Hay aquí una evidente *contaminatio* (debida a un homonimia conscientemente explotada por Dionisio) entre la esencia de los *pagi* latinos, cuyas funciones quizá sean las que nos presenta Dionisio, y una serie de puestos de vigilancia dispersos por el territorio, situados en lugares estratégicos, esto es, en colonias (πάγοι) y que en el mundo griego (colonial o no) reciben nombres como *φρουρία*, *τειχίσματα*, etc. Con este nuevo dato, Dionisio vuelve a «explicar» en «clave griega» una institución romana (y prerromana) que, además, le permite informar del sistema de repartición del territorio. Igualmente, es curioso observar cómo estos *pagi*-distritos se asemejan, en su estructura y gobierno, a los *demoi* áticos de los que nos habla Aristóteles (*Ath. Pol.*, 21) y que para Murray son «local demes-assemblies with officials called demarchoi; these were responsible for local order and for carrying out the instructions of the central government»²⁵; esto tampoco debería extrañarnos mucho en la época de un rey como Servio Tulio que «adoptó el sistema censitario creado en Grecia»²⁶, aun cuando la importancia de los *demoi* áticos se debe a la actuación de Clístenes, lo que me hace sospechar un nuevo paralelismo ahistórico por parte de Dionisio.

En todo caso (y en esta ocasión no sabría decir si realmente o no) el territorio romano queda ahora organizado como el de una ciudad griega, unos ciento veinte o ciento treinta años después del reinado de Rómulo (según el cómputo de reinados que da el propio Dionisio, I,75,1-2). Es interesante observar cómo frecuentemente es un período más o menos similar de tiempo el que necesitan algunas de las colonias griegas mejor conocidas para ocupar y sistematizar *in extenso* su territorio (lo que se manifiesta en el envío de nuevas colonias). Así, Megara Hyblea funda Selinunte a los cien años; Gela funda Agrigento a los

²³ E. CARY, op. cit., vol. II, Londres, 1939, p. 317. Los *pagi* latinos son distritos rurales o pequeñas unidades de población previas a la constitución de la ciudad. Cf. E. KORNEMAN, s.v., *RE*, XVIII, 2, cols. 2318-2339.

²⁴ E. GABBA: «Studi su Dionigi da Alicarnasso. II. Il regno di Servio Tulio», *Athenaeum*, 49, 1961, pp. 102-106.

²⁵ O. MURRAY: *Early Greece*, Glasgow, 1980, p. 255.

²⁶ Cf. J. MARTINEZ-PINNA: «Tarquinio Prisco y Servio Tulio». *AEA*, 55, 1982, p. 61.

ciento ocho años (Tuc., VI,4); Siracusa funda Camarina a los ciento treinta y cinco años (Tuc., VI,5); así pues, ya que cada una de estas fundaciones supone una «saturación» del territorio metropolitano, hay que pensar que son estos cien años, más o menos, los que una ciudad colonial griega tarda en organizar el mismo y ocuparlo intensamente.

Hemos hablado de la fundación de la colonia y de la organización territorial de la misma. Debemos volver ahora sobre nuestros pasos para ver el «soporte religioso» de esta colonia. Al hablar de la fundación de Lavinio, el texto de Dionisio se refería, entre otras cosas, al lugar en el que habría que instalar las estatuas de los dioses, que debía ser el mejor, el más alto, el más dominante (*ὁ κράτιστος*). En esta misma línea de prioridad del aspecto religioso, se encuentra II,65, cuando Dionisio confronta argumentos acerca de la fundación del templo de Vesta, atribuida a Numa (el rey encargado de la organización religiosa de Roma). Nuestro autor no puede dejar de atribuir la construcción a Numa, y en este caso tiene que explicar por qué el fundador no ha construido dicho templo. Son significativos los siguientes párrafos: «Algunos atribuyen la construcción del templo a Rómulo pensando que es imposible que en una ciudad fundada por un hombre experto en adivinación no se construya enseguida un hogar (*ἑστία*) común para la ciudad, especialmente habiéndose educado su fundador en Alba» (II,65,1). «Entonces, los que por estas razones atribuyen la construcción del templo a Rómulo más que a Numa, parecen hablar correctamente por la idea común de que, cuando se funda una ciudad, debe primero construirse un fuego, y especialmente al ser fundada por un hombre experto en conocimiento sobre los ritos divinos» (II,65,2). La explicación a la que recurre Dionisio para justificar esta «anomalía» radica en el propio mito del nacimiento de Rómulo de una virgen vestal. Pero lo importante es, precisamente, que Dionisio se sienta en la obligación de dar la explicación, ya que es una ausencia importante en un acto en el que Dionisio ha evitado deliberadamente cualquier referencia a los ritos etruscos mencionados por otras fuentes²⁷. Roma surge como una ciudad griega; pero lo normal en una ciudad griega es, evidentemente, la construcción del Pritaneo o templo de Hestia nada más fundarse; y ésta es una tarea más del *οἰκιστής*. Como dice Leschhorn, «wir wissen auch, daß das heilige Herdfeuer der Hestia, das in der griechischen Stadt im Prytaneion brannte und das Leben der Polis symbolisierte, aus der Mutterstadt in die Kolonie mitgenommen wurde»²⁸. El Pritaneo, sede del fuego sagrado era, pues, el vínculo de unión religiosa, y de continuidad, entre la colonia y su metrópolis, como queda claro por la narración de Heródoto sobre la fundación de las ciudades jónicas (Hdt. I,146).

Otra de las tareas ineludibles que le corresponden al fundador de la ciudad, es la promulgación de las leyes²⁹ o, en todo caso, determinar qué

²⁷ D. MUSTI: art. cit., pp. 24-25.

²⁸ W. LESCHHORN, op. cit., p. 89.

²⁹ *Ibid.*, p. 88.

legislación o qué ordenamiento jurídico aplicar. No es por casualidad por lo que Tucídides se entretiene en indicar qué «constitución» o qué «instituciones» (νόμιμα) reciben las colonias siciliotas. Así Gela recibe una constitución dórica; Agrigento recibe la constitución gelense; Himera, colonia heterogénea, recibe las instituciones calcídicas (Tuc., VI,3-5). Por ello, Rómulo tiene que elegir la forma de gobierno que conviene a su ciudad, a la colonia (ἀποικία) que acaba de fundar. No estoy de acuerdo, a este respecto, con Musti, cuando afirma que los griegos distinguían habitualmente entre κτίστης y νομοθέτης³⁰. Es evidente que esta distinción, en ocasiones, existe; pero no es menos cierto que la fundación de una colonia presupone la creación de una comunidad, ante todo, política, lo que implica, necesariamente, la existencia de leyes. Que el fundador se limite a adoptar la legislación de su metrópolis en la mayoría de los casos, no significa que no dote de leyes a su ciudad sino, precisamente, todo lo contrario. El οἰκιστής es, al tiempo, el primer νομοθέτης, aunque sólo sea porque decide la adopción de los νόμιμα de la metrópolis. Que esto era algo imprescindible, y de las primeras tareas a realizar, lo muestra el siguiente pasaje: «Algunos escriben que esto (sc. el rapto de las sabinas) sucedió en el primer año del reinado de Rómulo. Sin embargo, Cneo Gelio afirma que en el cuarto, lo que es más natural. Ciertamente, no es lógico que el jefe de una ciudad recientemente fundada intente tal empresa antes de establecer su régimen político (πολιτεία)» (II,31,1). La novedad es que Rómulo va a someter a la decisión de la comunidad esta elección, pero pronuncia un discurso que es el respaldo teórico de este acto. Del mismo entresacamos el siguiente párrafo: «Dijo (Rómulo) que había oído de ancianos que habían llegado a saberlo por larga tradición, que de muchas grandes colonias llegadas a lugares prósperos, unas se destruyeron enseguida al caer en sediciones (στάσεις); otras, tras resistir durante un corto tiempo, fueron obligadas a convertirse en súbditas de sus vecinos y a cambiar la rica tierra que ocuparon por el peor destino, pasando de libres a esclavas. Mientras que otras, escasas en hombres e instaladas en territorios no muy convenientes, primero se mantuvieron libres y luego acabaron gobernando a otros; y para el éxito de las menos y para el desastre de la mayoría no hay otra causa que su forma de gobierno (σχῆμα τῆς πολιτείας).» (II,3,6-7)³¹. El pensamiento de Dionisio entronca aquí con el de teóricos como Aristóteles, cuando afirma por ejemplo, que «es ante todo la constitución (πολιτεία) lo que debe considerarse para decir que una ciudad sigue siendo la misma» (Pol., III,3,9, 1276 b, 9-11). El sistema político, pues, es lo que define a una πόλις y es tarea del fundador de la misma establecerlo, como establece las demás normas de comportamiento. Como es habitual en las colonias griegas, por otro lado, Roma mantiene el régimen de su

³⁰ D. MUSTI: art. cit., p. 42.

³¹ Evidentemente, ejemplos de estas diferentes suertes no le faltarían a Dionisio en el propio ambiente itálico y siciliano.

metrópolis: «Nosotros no pedimos un régimen nuevo, ni vamos a cambiar el que recibimos de nuestros padres, aprobado por ellos como el mejor. Seguiremos la opinión de los antiguos, pues creemos que lo establecieron con la mayor sensatez, y estamos agradecidos a la fortuna; pues no sería lógico que hiciéramos reproches al régimen que nos proporcionó, bajo el gobierno de los reyes, los mayores bienes que existen entre los hombres: libertad y dominio sobre otros.» (II,4,1). En la visión de Livio, empero, aunque también este autor reconoce la importancia de las *leges* como medio de cohesionar (*coalescere*) al pueblo, Rómulo aparece en un plano distinto; se nos dice que *iura dedit*, al tiempo que para garantizar su inviolabilidad, Rómulo decide hacerse digno de veneración (*venerabilis*) asumiendo las *insignia imperii* (Livio, I,8). Creo ver aquí dos concepciones distintas; por un lado, la concepción griega del *οἰκιστής* (Dionisio), persona con determinadas e importantes atribuciones, pero siempre accesible, al menos en vida; por otro lado, la concepción romana del *imperium* (Livio), de carácter sacral y carismático³², y, por ello mismo, «poder muy fuerte, civil y militar a un tiempo, jurisdiccional y coercitivo, que implica el derecho de “tomar los auspicios”, es decir, de reclamar la investidura sagrada de Jupiter Optimus Maximus y de consultar los augurios, mandar el ejército, ordenar el *dilectus* y la recaudación de los impuestos, etc., de publicar edictos»³³. En la concepción romana, la sanción divina otorga el *imperium* y la capacidad de gobernar. En el relato dionisiano, la concepción de *imperium* no aparece (al menos en el sentido romano), y la capacidad de gobernar le viene dada a Rómulo por el deseo del pueblo. Es Rómulo quien exige la sanción divina (II,4,2). Es evidente, en mi opinión, la diferente orientación que presentan ambos autores sobre la figura de Rómulo³⁴.

Otro aspecto que debe preocuparle al fundador de una colonia es garantizar la supervivencia de la misma, lo que implica, dado el predominio más o menos absoluto del elemento masculino en estas colonias, la necesidad de que estos colonos contraigan matrimonio. Un procedimiento es el que sigue Eneas cuando recibe en matrimonio a Lavinia, hija de Latino, hecho que propicia la unión definitiva de troyanos y de aborígenes bajo el nombre común de latinos (I,60). Un ejemplo griego de este sistema lo encontramos en el matrimonio entre el foceo Protis y Gyptis, hija de un rey indígena, como resultado del cual se funda la colonia de Massalia (Justino, XLIII,3,4). El otro procedimiento es el que emplea Rómulo, aunque el resultado final es semejante al que obtuvo, en su caso, Eneas (II,46). Se trata del rapto de las sabinas. Es interesante, a este respecto, el siguiente pasaje: «Al día siguiente (del rapto) las

³² Cf. J. HEURGON: *Roma y el Mediterráneo Occidental hasta las guerras púnicas*. (Trad. esp.). (París, 1968). Barcelona, 1976, p. 131.

³³ C. NICOLET: *Roma y la conquista del mundo mediterráneo. 264-27 a.C. I. Las estructuras de la Italia Romana*. (Trad. esp.). (París, 1977). Barcelona, 1982, pp. 305-306.

³⁴ Sobre la figura de Rómulo puede verse T. DOHRN: «Des Romulus' Gründung Roms», *MDAI (R)*, 71, 1964, pp. 1-18 (esp. p. 17).

doncellas fueron llevadas ante Rómulo que las consoló de su desánimo, diciendo que el rapto no se había producido como ultraje, sino con vistas al matrimonio, haciendo ver que era una antigua costumbre griega (Ἑλληνικὸν ἀρχαῖον ἔθος) y el modo más distinguido de todos por los que se contraen los matrimonios para las mujeres y les pidió que amasen a los maridos que les había dado la Fortuna» (II,30,5). Cary supone que Dionisio tomó «such as early custom from some of the marriage rites of a later day such as the procedure of the Spartan bridegrooms described by Plutarch (*Lycurg.*, 15)»³⁵. Aunque, efectivamente, Plutarco habla de rapto (ἀρπαγή) y sin rechazar totalmente la opinión de Cary, yo creo que el sistema se parece más, con las obvias diferencias, al que menciona Herodoto como empleado por los fundadores de las ciudades jonias en general y de Mileto en particular, que tomaron por esposas a unas carias a cuyos padres habían dado muerte (Hdt., I,146) y que, por otra parte, debió de ser relativamente frecuente en la colonización griega³⁶.

Evidentemente, ni Livio (I,9) ni tan siquiera Plutarco (*Rom.*, 14-15) mencionan el carácter griego de esta costumbre. Por otra parte, a partir de los casos mencionados, no parece que repugne a los griegos emparentar con bárbaros; no obstante, en el caso romano el carácter helénico de la ciudad debe quedar salvaguardado y por ello Dionisio hace a los sabinos medio espartanos (II,49,4-5).

Por último, el οἰκιστής recibe un culto religioso tras su muerte, centrado en su tumba³⁷. En el caso de Rómulo es difícil poder realizar este culto porque, creamos una u otra versión acerca de su «asunción» o su muerte, lo cierto es que su cuerpo no se halló (II,56,2). Algo parecido ocurre con Eneas, cuyo cuerpo tampoco se halló, aunque a él si se le construyó un monumento en Lavinio, descrito por Dionisio (I,64,4-5)³⁸, aunque no sólo allí. No obstante, Dionisio explica también el porqué de las varias tumbas de Eneas, hecho que «se presenta en el caso de muchos hombres y especialmente cuando tuvieron notables destinos y vidas errantes. Que sepan que aunque sólo un lugar acoge sus cuerpos, sin embargo en muchos sitios les han erigido monumentos (μνημεῖα) como testimonio de gratitud por algunos beneficios recibidos de ellos y sobre todo si todavía quedaba alguno de su linaje, *si habían fundado alguna ciudad* o si habían tenido estancias prolongadas y afables entre determinadas gentes». (I,54,1). Es evidente que, en todo caso, lo importante es poseer un μνημεῖον, un monumento conmemorativo (que podía ser un cenotafio) donde llevar a cabo las ceremonias propias del culto al

³⁵ E. CARY: op. cit., vol. I, p. 401. Sobre la cuestión sabina, J. POUSET: «Les Sabines aux origines de Rome: legende ou historie?», *LEC*, 39, 1971, pp. 129-151; pp. 293-310.

³⁶ A. J. DOMINGUEZ: «Consideraciones acerca del papel de la mujer en las colonias griegas del Mediterráneo Occidental», *V Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. La mujer en el mundo antiguo*. Madrid, 1986, pp. 143-152.

³⁷ W. LESCHHORN: op. cit., pp. 98-105.

³⁸ Sobre la exactitud en las descripciones de monumentos vistos personalmente por Dionisio, vid. A. ANDREN: «Dionysius of Halicarnassus on Roman Monuments», *Hommages à L. Herrmann*. (Coll. Latomus, 44). Bruselas, 1960, pp. 88-104, esp. p. 102.

fundador. Livio no duda de la ubicación de la tumba de Eneas *super Numicum flumen* al tiempo que dice que es venerado como *Iupiter Indiges* (I,2)³⁹. La arqueología ha descubierto esta tumba, originariamente una tumba de túmulo del siglo VII a.C. (sin duda de una figura importante en la comunidad lavínica del momento), que ha sufrido una sistematización completa, incluyendo la reestructuración del túmulo, que es el que menciona Dionisio (I,64), en el siglo IV, aunque ya hubo una primera intervención en el siglo VI a.C.⁴⁰

Con la muerte del fundador se cerraría una parte, sin duda de las más importantes, de la vida de la colonia. Pero no queremos acabar sin decir algo acerca de la expansión de la colonia, expansión que le lleva tanto a adquirir nuevos territorios, como a fundar otras subcolonias. Ya vimos un procedimiento peculiar en I,16, cuando se nos describía el *ver sacrum* aplicado a los aborígenes. Pero hay un caso mucho más claro de cómo y por qué surge una subcolonia. Este caso lo tenemos en la propia fundación de Roma, subcolonia de Alba. Veamos el relato de Dionisio: «En efecto, cuando tras la muerte de Amulio Numitor tomó el poder, después de un corto tiempo durante el que reorganizó la ciudad a la antigua manera sacándola del anterior desorden, inmediatamente pensó procurar a los muchachos (Rómulo y Remo) un gobierno propio fundando otra ciudad. Además, la masa de ciudadanos había tenido un gran crecimiento y pensaba poder librarse correctamente de ellos, especialmente de los que alguna vez tuvieron diferencias con él, sin despertar sus sospechas. Tras comunicarlo a los muchachos, cuando ellos decidieron, les entrega (*δίδωσι*) como territorio para gobernar el lugar donde siendo niños fueron criados, y como población la que le resultaba sospechosa de intentar organizar pronto una rebelión y también toda la que quisiera voluntariamente emigrar. Entre éstos había mucha gente plebeya (*δημοτικὸν γένος*) como es normal en una comunidad desplazada, pero también un número considerable de la clase dominante (*τὸ ἀπὸ τοῦ κρατίστου γνῶριμον*) y los considerados más nobles de los descendientes de los troyanos, de los que incluso perduran algunas estirpes en nuestros días, unas cincuenta familias» (I,85,1-3).

Lo interesante del texto es que es Numitor, el gobernante de Alba, el que decide enviar la subcolonia, debido al aumento de ciudadanos, y a la existencia de facciones rivales; es él el que decide el lugar de la nueva fundación y él también quien decide qué parte de la población debe partir, así como quiénes van a ser los fundadores. Es lo normal en la fundación de una colonia griega. Es más, se da también aquí la circunstancia atestiguada en bastantes casos: «Die Oikisten stamnten, soweit

³⁹ Cf. F. CASTAGNOLI: «I luoghi connessi con l'arrivo di Enea nel Lazio. (Troia, Sol Indiges, Numicus)». *AC*, 19, 1967, pp. 235-247; I.E.M. EDLUND: «Livy and Dionysios of Halikarnassos as Roman archaeologists», *RdA*, 4, 1980, pp. 26-30.

⁴⁰ Véase G. DURY-MOYAERS: *Enée et Lavinium. A propos des découvertes archéologiques récentes*. (Coll. Latomus, 174). Bruselas, 1981, esp. pp. 124-127, con abundante bibliografía anterior. *VV.AA.*, *Enea nel Lazio*. Roma, 1981, esp. pp. 162, 169, 172.

uns die Quellen darüber Auskunft geben, aus den führenden adligen Familien der Heimatstädte»: Arquias, Quersícrates, Falios, Dorieo, etc.⁴¹. Rómulo y Remo son los nietos del rey albano, los vástagos elegidos de una dinastía real.

La interpretación que da Livio de este hecho es muy diferente; son los dos hermanos quienes desean fundar una ciudad: «*Romulum Remumque cupido cepit in iis locis ubi expositi ubique educati erant urbis condendae*» (I,6). Una visión semejante es la que da Plutarco (*Rom.*, 9). Es, pues, en estas versiones un interés personal el que mueve a los dos hermanos; la empresa no aparece planificada por la metrópolis. No se observa el «modelo griego», aun cuando Livio también emplea en algunas ocasiones el lenguaje técnico de la colonización romana, por ejemplo, al referirse a la fundación de Alba: «*Inter Lavinium et Albam Longam coloniam deductam triginta ferme interfuere annis.*» (I,3).

Este modelo griego sí está presente en Dionisio, incluso en la narración de la secesión de la plebe al Monte Sacro en 494 a.C., en la que Bruto llega a decir: «nosotros, en cambio, abandonamos una vida sin ciudad y sin hogar para fundar una colonia (στέλλομεν ἀποικίαν) que no será odiada por dioses, ni molesta para hombres, ni gravosa para ninguna nación...» (VI,80,3). Así, este suceso es visto por Dionisio como un intento de fundar una nueva colonia, dándose ese elemento de discordia (στάσις) que es causa de las mismas⁴². Ni que decir tiene que en la versión de Livio no figura, ni por asomo, un proyecto de fundar una colonia (II,31-33).

Un último aspecto tocaremos, el de las relaciones entre una colonia y su metrópolis. Los documentos muestran «the shame attached to wars between colonies and mother cities; its converse implication is that they were natural allies»⁴³. Esto mismo aparece perfectamente tipificado en la narración dionisiana. El más significativo de todos los pasajes es el referido al momento inmediato al fallecimiento del jefe albano Cluilio, responsable de la guerra entre Alba y la Roma de Tulo Hostilio. Reza así: «A todos pareció un suceso extraño, como era natural y al investigarse la causa (pues no se podía echar la culpa a ninguna enfermedad previa) unos, remitiendo a la providencia de los dioses todos los acontecimientos humanos, decían que había muerto por causa de la cólera divina, ya que hizo estallar una guerra injusta e innecesaria (πόλεμος οὔτε δίκαιος) entre la metrópoli y su colonia» (III,5,1). Es cierto que Dionisio da otras interpretaciones mucho más reales y posibles, pero ésta, sin duda, no dejaba de ser importante para él. Es un hecho que esta idea de que Roma procede de Alba también tiene su importancia en otros autores latinos. Ciertamente, es la idea de la continuidad y sucesión a partir de Eneas hasta llegar a Augusto lo esencial de la propaganda augustea, y lo

⁴¹ W. LESCHHORN: op. cit., p. 85.

⁴² Vid. E. NOE: «Ricerche su Dionigi d'Alicarnasso: la prima stasis a Roma e l'episodio di Coriolano», *Ricerche di storiografia greca di età romana*. Risa, 1979, pp. 21-116.

⁴³ A. J. GRAHAM: op. cit., p. 214.

que subraya de forma evidente toda la Eneida pero, sobre todo, los versos 756-892 del libro VI; Livio, por su parte, equipara la guerra entre Roma y Alba a una guerra civil: «*Et bellum utrimque summa ope parabatur, civili simillimum bello, prope inter parentes natosque, Troianam utramque prolem, cum Lavinium ab Troia, Lavinio Alba, ab Albanorum stirpe regum oriundi romani essent.*» (I,23). Sin embargo, ni la muerte de Cluilio despierta en Livio esas consideraciones morales que se hace Dionisio, ni la relación queda señalada tan formalmente con los términos específicos de *μητρόπολις* y *ἀποικία* que emplea Dionisio. La visión latina es la de la guerra civil, en la que un papel importante lo tiene la ferocidad de los reyes⁴⁴. Para Dionisio es algo muy distinto, perfectamente tipificado y que no tiene nada que ver con una guerra civil. Una colonia y su metrópolis pueden enfrentarse (aunque es algo que los dioses y los hombres reprueban) pero nunca este enfrentamiento es una guerra civil.

Debemos concluir ya esta breve encuesta en la que hemos entresacado y seleccionado sólo unos pocos pasajes que ilustran el pensamiento de Dionisio acerca de la historia más antigua de Roma y los pueblos itálicos que, de uno u otro modo, contribuyen a su origen y grandeza, «de modo que ya uno puede con confianza hacerla ver como una ciudad griega y mandar callar a quienes hacen a Roma un refugio de bárbaros, fugitivos y vagabundos» (I,89,1), porque «los pueblos que se reunieron para fundar la ciudad de Roma eran colonias griegas enviadas desde los lugares más famosos (Ἑλληνικὰ ἦν ἐκ τῶν ἐπιφανεστάτων ἀποικισθέντα τόπων) y no, como algunos creen, bárbaros y vagabundos» (VII,70,1); ello no obsta para que las «pruebas» que Dionisio aduce sirvan a la crítica moderna para comprobar, precisamente, lo privadas de fundamento que están algunas de sus afirmaciones⁴⁵.

Roma es una ciudad griega; Dionisio, aunque sea fiel a sus fuentes⁴⁶ tiene que modificar determinados aspectos de las mismas o enfocarlas desde otra perspectiva⁴⁷. Para ello, tiene que introducir elementos que no son propios, desde nuestra perspectiva y conocimientos actuales, de la genuina historia de Roma. Y estos elementos los tomaría de alguno o algunos escritores griegos que, habiendo tratado de temas coloniales, le proporcionarían los datos que él necesitaba introducir en su historia para

⁴⁴ Cf. E. MENSCHING: «Tullus Hostilius, Alba Longa und Cluilius. Zu Livius I, 22 f. und anderen», *Philologus*, 110, 1966, pp. 102-118.

⁴⁵ Por ejemplo, su descripción del *ver sacrum*, P. M. MARTIN: *Contribution...* cit., pp. 23-38; o de los ritos ejecutados por Eneas tras desembarcar en el territorio laurentino, *Idem.*, «Deux interprétations grecques d'un rituel de l'Italie protohistorique», *REG*, 85, 1972, pp. 281-292; o de los *ludi romani* del 499, J. P. THUILLIER: «Denys d'Halicarnasse et les jeux romains. Antiquites romaines, VII, 72-73», *MEFRA*, 87, 1975, pp. 563-581, etc.

⁴⁶ P. M. MARTIN: «Le dessein de Denys d'Halicarnasse dans les Antiquites romaines et sa conception de l'histoire a travers sa préface du livre I», *Caesarodunum*, 4, 1969, pp. 187-206; E. GABBA: *La Storia...* cit., pp. 809-811.

⁴⁷ D. BRIQUEL: art. cit., p. 68 afirma que, llegado el caso, Dionisio no duda en dar pequeños *coups de pouce* a la estricta verdad histórica. Gabba resalta la menor libertad de movimiento puntual en el cuadro de conjunto que le proporciona la analística romana. *Vid.* E. GABBA: *La storia...* cit., p. 807.

defender su tesis⁴⁸. Sin querer entrar aquí en el delicado problema de la *Quellenforschung* de la obra de Dionisio⁴⁹ hay que señalar que nuestro autor, hombre de gran cultura y de muchas lecturas⁵⁰ conoce la obra de su compatriota Heródoto (I,27,3-4; I,29,3), así como la de autores contemporáneos de éste, como Helánico de Lesbos (I,22,3; I,28,3-4; I,35,2-3; I,48,1), autor de una obra, precisamente, sobre *Κτίσεις ἔθνων καὶ πόλεων*. A Tucídides le conocía bien, como demuestra su obra *Περὶ τοῦ Θουκυδίδου χαρακτήρος*, y Tucídides es nuestra principal fuente hoy día para conocer la colonización griega en Sicilia. Pero, además, Dionisio emplea a Antíoco de Siracusa (I,12,3; I,22,5; I,35,1-3; I,73,4) que en su obra *Σικελικά* parece ser la fuente principal que Tucídides utiliza en su historia de la colonización griega en Sicilia⁵¹ y, según toda probabilidad, el conocimiento que de Antíoco tiene Dionisio es de primera mano⁵²; también conoce a Filisto (I,22,4), autor de otra *Σικελικά* y a Timeo de Tauromenio (I,6,1; I,7,1; I,67,4; I,74,1) que escribió unas *Σικελικαὶ ἱστορίαι*, por no entrar en más detalles. En todos ellos habría datos suficientes como para que Dionisio pudiera hacerse una idea amplia de cuál era el mecanismo de la colonización griega, idea que él nos transmite enmascarada en la historia romana, y que es de gran utilidad porque, como es sabido, la mayoría de esas fuentes se han perdido para nosotros. Dionisio aplica al caso romano los conocimientos que ha adquirido y, por ello, es para el historiador de la colonización griega de gran ayuda. Dionisio, pues, introduce (o, al menos, lo intenta) la historia romana, desde sus más remotos orígenes en la historia griega⁵³, superando así el tradicional desinterés que los griegos habían manifestado por la historia de Roma⁵⁴ lo cual tampoco es de extrañar porque para ellos Roma era una ciudad bárbara. La nueva perspectiva de Dionisio tiene que ir apoyada por rasgos que, tanto para griegos

⁴⁸ Ya GABBA: *Studdi I...* cit., p. 198 observó cómo todos aquellos elementos griegos (políticos y filosóficos) que aparecían en la narración sobre Rómulo eran originales de Dionisio, no de la fuente empleada, un panfleto de época silana. Acerca de esta fuente, *vid.* la opinión de J.P.V.D. BALDSON: «Dionysios on Romulus: a political pamphlet?», *JRS*, 61, 1971, pp. 18-27 que concede a Dionisio una mayor creatividad al emplear no una, sino varias fuentes para su caracterización de Rómulo. La valoración de Gabba sobre la originalidad de Dionisio a lo largo de todo su libro I es, en general, positiva. *Vid.* E. GABBA, *La Storia...* cit., pp. 804-807.

⁴⁹ A. KLOTZ: «Zu den Quellen der Archaiologia des Dionysios von Halikarnassos», *RhM*, 1938, pp. 32-50; O. TOMASINI: «Per l'individuazione di fonti storiografiche anonime latine in Dionisio d'Alicarnasso», *AFLT*, I, 1964-65, pp. 153-174.

⁵⁰ E. GABBA: *Studi I...* cit., pp. 179-180; sobre su buen conocimiento del latín, *vid.* D. MARIN: «Dionisio di Alicarnasso e il latino», *Hom. M. Renard*, I. (Coll. Latomus, 102). Bruselas, 1969, pp. 595-607.

⁵¹ R. VAN COMPERNOLLE: *Etude de chronologie et d'historiographie siciliotes*, Bruselas-Roma, 1960, pp. 499-500.

⁵² L. MOSCATI CASTELNUOVO: «Eforo e la tradizione di Antioco di Siracusa sugli Enotri», *AC*, 52, 1983, pp. 141-149.

⁵³ S. GOZZOLI: art. cit., pp. 175-176.

⁵⁴ Cf. E. BAYER: «Rom und die Westgriechen bis 280 v. Chr.», *ANRW*, I, 1, 1972, pp. 305-340.

como para romanos, sean reconocibles como helénicos. Y, evidentemente, el recurrir a las representaciones y categorías propias de la colonización griega era un medio (por supuesto, no el único) para conseguirlo. Mi intención ha sido poner de manifiesto algunos de los pasajes más significativos, aun cuando cronológicamente dispares. El propósito de Dionisio y el modo de lograrlo, era diferente; después de haber anunciado sus intenciones, narra los acontecimientos lo más fielmente posible a sus fuentes, pero modificando la visión general e, incluso, la terminología o eligiendo, de entre varias, la interpretación que mejor encajase en su planteamiento. Al final de su narración (especialmente en el libro I) la acumulación de datos (que no están necesariamente explicitados) llevaría al lector al convencimiento de la veracidad de la tesis dionisiana. Dionisio supo jugar con la sabia mezcla de datos reales (o, al menos, admitidos como tales por sus contemporáneos) y datos procedentes de su propio conocimiento de lo que debía ser y de cómo debía funcionar una πόλις griega y, sobre todo, una ἀποικία.

Teniendo en cuenta esta perspectiva, por último, quizá puedan explicarse las discordancias y contradicciones en que Dionisio incurre con relación a otros autores que tratan de la primitiva historia de Roma; hay que tener en cuenta, pues, que Dionisio hace una historia de una ciudad griega y deforma los datos que posee en tal sentido. Los historiadores del mundo romano deberían tener muy presente este hecho cuando utilizan a Dionisio como fuente de información para la parcela de la Antigüedad por ellos historiada.